

Michel Foucault por Sí Mismo¹

“Foucault” en: M. Foucault, *Dits et Écrits* (Ewald, F.; Defert, D. (Eds.)), t. IV, pp. 631-636, Gallimard, París, 1994

Traducción de Jorge Dávila

Nota de los editores:

Tomado de: **Foucault**, in Huisman, D. (Ed.), *Dictionnaire des philosophes*, París, P.U.F., 1984, t. I, pp. 942-944.

A comienzo de los años 1980, Denis Huisman propuso a François Ewald redactar una nota consagrada a M. Foucault para el Dictionnaire des philosophes que se preparaba para ser publicado por Presses Universitaires de France. F. Ewald, en ese entonces asistente de M. Foucault en el Collège de France, le comunicó a Foucault tal proposición. Para ese momento, Foucault había redactado una primera versión del segundo volumen de la Histoire de la Sexualité que sabía que tendría que trabajar de nuevo. Una sección de la introducción que había redactado para esta obra consistía en una presentación retrospectiva de su trabajo. Es ese el texto que fue entregado a D. Huisman, completado con una pequeña presentación y una bibliografía. Se convino en que debía aparecer firmada por Maurice Florence cuya abreviatura M. F. resulta transparente. Así fue publicado. Aquí sólo aparece el texto redactado por M. Foucault.

1. EL MARCO GENERAL DE LA INVESTIGACION HISTORICO-CRITICA.

(Si Foucault puede enmarcarse en la tradición filosófica, sería en la tradición crítica de Kant en la que se pudiera)² denominar a su trabajo intelectual una *Historia crítica del pensamiento*. Esta no ha de entenderse como una historia de las ideas que, al mismo tiempo, sería un análisis de los errores que, una vez cometidos, pudiesen ser medidos. Tampoco ha de entenderse esa historia, como un desciframiento de los desconocimientos a los que estarían ligadas las ideas y de los que pudiera desprenderse lo que pensamos hoy día.

¹ El título de esta traducción, la división en secciones y sus subtítulos son un añadido del traductor. (N.T.)

² El pasaje entre paréntesis es de F. Ewald.

Si por pensamiento se entiende el acto que coloca, en sus diversas relaciones posibles, a un sujeto y a un objeto, entonces una historia crítica del pensamiento sería un análisis de las condiciones en las que se han formado o modificado ciertas relaciones entre sujeto y objeto; y ello en la medida en que tales relaciones son constitutivas de un saber posible.

No se trata de definir las condiciones formales de una relación con el objeto; tampoco se trata de desprender las condiciones empíricas que han permitido, en un momento dado, al sujeto en general tomar consciencia de un objeto dado ya en lo real. La cuestión es determinar lo que debe ser el sujeto --a cuál condición está sometido, qué *status* debe tener, qué posición debe ocupar en lo real o en lo imaginario-- para llegar a ser sujeto legítimo de tal o cual tipo de conocimiento; en pocas palabras, se trata de determinar su modo de “subjetivación”. Y ello porque ese modo, evidentemente, no es el mismo cuando el conocimiento del que se trata tiene la forma de la exégesis de un texto sagrado, de una observación hecha por la historia natural o del análisis del comportamiento de un enfermo mental. Pero, la cuestión es también, y al mismo tiempo, determinar bajo cuáles condiciones algo puede llegar a ser objeto para un conocimiento posible; cómo ese algo ha podido ser problematizado como objeto por conocer; a cuál procedimiento de partición ha podido estar sometido para desprender la porción considerada pertinente. Se trata, por lo tanto, de determinar su modo de “objetivación”, el cual, a su vez, no es el mismo para cada tipo de saber del que se trate.

Esa subjetivación y esta objetivación no son independientes una de la otra. De su desarrollo mutuo y de su relación recíproca nacen lo que pudiera llamarse los “juegos de verdad” (*jeux de vérité*): es decir, no el descubrimiento de las cosas verdaderas, sino las reglas según las cuales, y a propósito de ciertas cosas, lo que un sujeto pueda decir queda sometido a la pregunta por lo verdadero o lo falso.

En resumen, la historia crítica del pensamiento no es ni una historia de las adquisiciones ni una historia de los ocultamientos de la verdad. Es la historia de la emergencia de los juegos de verdad; es la historia de las “veridicciones” (*veridictions*) entendidas como las formas según las cuales se articulan, en un cierto dominio de cosas, discursos susceptibles de ser enunciados como verdaderos o como falsos. Se trata de una historia que debe responder cuáles han sido las condiciones de esta emergencia; cuál es el precio que, de alguna manera, se ha pagado por ella; en fin, cuáles son los efectos de esa emergencia sobre lo real y cuál la manera en que, ligando un cierto tipo de objeto a ciertas modalidades del sujeto, ha constituido, para un cierto tiempo, un área e individuos dados, el *a priori* histórico de una experiencia posible.

2. EL MARCO ESPECIFICO DE LA INVESTIGACION HISTORICO-CRITICA.

Ahora bien, esa cuestión o esa serie de preguntas que corresponden a una “arqueología del saber”, Michel Foucault no las ha planteado, ni quisiera

plantearlas, en relación con cualquier juego de verdad. Ha limitado su trabajo intelectual a los juegos de verdad en los que el sujeto mismo se plantea como objeto de un saber posible; es decir, su trabajo intelectual intenta responder la pregunta: ¿cuáles son los procesos de subjetivación y de objetivación que hacen que el sujeto pueda llegar a ser, en cuanto sujeto, objeto de conocimiento? Por supuesto, no se trata de saber cómo se constituyó en el curso de la historia un “conocimiento psicológico”, sino de saber como se formaron diversos juegos de verdad a través de los cuales el sujeto llegó a ser objeto de conocimiento.

En un comienzo, Michel Foucault intentó llevar a cabo este análisis de dos maneras. Una de ellas fue a propósito de la aparición y de la inserción, en ciertos dominios y según la forma de un conocimiento con *status* científico, de la cuestión del sujeto hablante, trabajador o viviente. Se trataba, en ese entonces, de la formación de algunas de las “ciencias humanas” estudiadas en referencia a la práctica de las ciencias empíricas y de sus propios discursos en los siglos XVII y XVIII (*Les Mots et les Choses* --Las palabras y las cosas--).

Michel Foucault intentó también analizar la constitución del sujeto tal como puede aparecer del otro lado de una partición normativa y llegar a ser objeto de conocimiento (en cuanto loco, enfermo o delincuente), y ello a través de prácticas como las de la psiquiatría, la medicina clínica o la penalidad (*Histoire de la folie* --Historia de la locura--, *Naissance de la clinique* --El nacimiento de la clínica--, *Surveiller et punir* --Vigilar y castigar--).

Michel Foucault ha emprendido ahora, siempre en el contexto del mismo proyecto general, el estudio de la constitución del sujeto como objeto por sí-mismo. Es decir, el estudio de la formación de los procedimientos por los cuales el sujeto es llevado a observarse a sí mismo, a analizarse, a descifrarse, a reconocerse como dominio de un saber posible. Se trata, en este último caso, de la historia de la “subjetividad”, siempre y cuando se entienda por esta palabra, la manera como el sujeto hace la experiencia de sí-mismo en un juego de verdad en el que aparece una relación consigo mismo (*rapport à soi*). El asunto del sexo y de la sexualidad le ha parecido a Foucault que constituye, sin duda, no el único ejemplo posible, pero sí, al menos, un caso bastante privilegiado. En efecto, es en relación con ese asunto que los individuos, a través de todo el cristianismo y, quizás, más allá, han sido llamados a reconocerse todos como sujetos de placer, de deseo, de concupiscencia, de tentación; solicitándoseles desplegar --por diversos medios (examen de sí, ejercicios espirituales, declaración, confesión)-- y a propósito de ellos mismos y de lo que constituye la parte más secreta y más individual de su subjetividad, el juego de lo verdadero y de lo falso.

En resumen, se trata en esta historia de la sexualidad de constituir una tercera contribución a la historia crítica del pensamiento en cuanto análisis de la construcción del sujeto como objeto de conocimiento. Viene a agregarse a los análisis de las relaciones entre sujeto y verdad o, para ser más preciso, al estudio de

los modos según los cuales el sujeto ha podido ser introducido como objeto en los juegos de verdad.

3. SOBRE EL METODO DE LOS ANALISIS HISTORICO-CRITICOS.

Tomar como hilo conductor de todos estos análisis la cuestión de las relaciones entre sujeto y verdad, implica de suyo ciertas selecciones metódicas.

3.1 En primer lugar, un escepticismo sistemático en relación con todos los universales antropológicos. Ello no quiere decir que se les rechace a todos de entrada, en bloque y de una vez por todas, sino que no hay que admitir nada de ese orden que no sea rigurosamente indispensable. Todo lo que nos es propuesto en nuestro saber, como de validez universal en cuanto a la naturaleza humana o las categorías que han de aplicarse al sujeto, exige ser probado y analizado.

Rechazar lo universal de la “locura”, de la “delincuencia” o de la “sexualidad” no quiere decir que aquello a lo que se refieren esas nociones no es nada, o que éstas no son sino quimeras inventadas por la necesidad de una causa dudosa. Por otra parte, este rechazo implica mucho más que la simple comprobación de que su contenido varía con el tiempo y las circunstancias. Significa interrogarse sobre las condiciones que permiten reconocer, según las reglas del decir verdadero o falso, a un sujeto como enfermo mental o de hacer que un sujeto reconozca la parte más esencial de sí mismo en la modalidad de su deseo sexual.

La primera regla del método para este género de trabajo es, por tanto: contornear los universales antropológicos, tanto como sea posible, para interrogarlos en su constitución histórica (y, por supuesto, también los de un humanismo que haría valer los derechos, los privilegios y la naturaleza de un ser humano como verdad inmediata e intemporal del sujeto).

3.2 También hay que dar vuelta atrás al camino filosófico que remonta hacia el sujeto constituyente y al que se le pide dar cuenta de lo que puede ser todo objeto de conocimiento en general. Por el contrario, se trata de descender de nuevo hacia el estudio de las prácticas concretas por las que el sujeto se encuentra constituido en la inmanencia de un dominio de conocimiento.

Aquí, de nuevo, hay que tener cuidado. Rechazar el recurso filosófico a un sujeto constituyente no tiene porque conducir a negar la existencia del sujeto en provecho de una objetividad pura. Ese rechazo tiene por objetivo hacer aparecer los procesos propios de una experiencia en la que el sujeto y el objeto “se forman y se transforman” uno en relación con el otro y en función del otro.

Los discursos de la enfermedad mental, de la delincuencia o de la sexualidad no dicen lo que es el sujeto sino en un cierto juego de verdad muy particular. Pero estos juegos no se imponen al sujeto desde el exterior según una causalidad necesaria o gracias a determinaciones estructurales. Ellos abren un campo de experiencia donde el sujeto y el objeto se constituyen uno al otro sólo bajo ciertas condiciones simultáneas para ambos, pero, también, donde ellos sujeto y objeto no

dejan de modificarse uno en relación con el otro y, por lo tanto, no dejan de modificar ese mismo campo de experiencia.

3.3 Se desprende de esto último un tercer principio metódico: dirigirse a las “prácticas” como dominio de análisis, abordar el estudio por la línea oblicua de lo que “se hacía”. Así, ¿qué se hacía con los locos, con los delincuentes, con los enfermos? Por supuesto, se pueden deducir tanto las instituciones en las que se les colocaba, como los tratamientos a los que se les sometía, ora de la representación que de ellos se tenía, ora de los conocimientos que se creía tener sobre ellos. También se puede buscar cuál era la forma de las “verdaderas” enfermedades mentales y las modalidades de la delincuencia real en una época dada, para explicar lo que de ellas se pensaba en ese entonces.

Michel Foucault aborda el asunto de otra manera. Estudia, en principio, el conjunto de las maneras de hacer más o menos reguladas, más o menos reflexionadas, más o menos acabadas a través de las cuales se perfilan a la vez: a) lo que estaba constituido como real para quienes buscaban pensarlo y regirlo; y, b) la manera en que éstos se constituían como sujetos capaces de conocer, de analizar y, eventualmente, de modificar lo real.

Son las “prácticas”, entendidas simultáneamente como modo de actuar y de pensar, las que dan la clave de inteligibilidad para la constitución correlativa del sujeto y del objeto.

4. RELEVANCIA DE LAS RELACIONES DE PODER EN LOS ANALISIS HISTORICO-CRITICOS.

Ahora bien, desde el momento en que a través de estas prácticas se trata de estudiar los diferentes modos de objetivación del sujeto, se comprende el importante lugar que ocupa el análisis de las relaciones de poder. Pero, de nuevo, es necesario definir muy bien lo que puede y quiere ser semejante análisis. Evidentemente no se trata de interrogar al “poder” sobre su origen, sus principios o sus límites legítimos.

Se trata del estudio de los procedimientos y técnicas que son utilizados en diferentes contextos institucionales para actuar sobre el comportamiento de los individuos tomados aisladamente o en grupo; para formar, dirigir, modificar su manera de conducirse; para imponer fines a su inacción o inscribirla en estrategias de conjunto. Estrategias que, en consecuencia, son múltiples en su forma y en su lugar de ejercicio; que son igualmente diversas en los procedimientos y técnicas que ponen en juego.

Tales relaciones de poder caracterizan la manera en que los hombres son “gobernados” unos por otros. Su análisis muestra cómo, a través de ciertas formas de “gobierno” de los alienados, de los enfermos, de los criminales, etc. es objetivado el sujeto loco, el enfermo, el delincuente. Semejante análisis no quiere decir, por tanto, que el abuso de tal o cual poder hizo locos, enfermos o criminales allí donde nada había; más bien indica que las formas diversas y particulares de “gobierno” de

los individuos han sido determinantes en los diferentes modos de objetivación del sujeto.

Con esto puede verse cómo el tema de una “historia de la sexualidad” puede inscribirse en el interior del proyecto general de Michel Foucault: se trata, en esa historia, de analizar la “sexualidad” como un modo de experiencia históricamente singular en el que el sujeto es objetivado por sí mismo y por los otros, a través de ciertos procedimientos precisos de “gobierno”.

Maurice FLORENCE.